

amor hacia la compañera que yo había matado.

Karl disparó; como si hubieran cortado la cuerda que le sostenía suspendido, el pájaro rodó hecho una bola y Ton hizo presa en él.

Ya estaban fríos cuando los colgué juntos en la misma presilla del morral...

Aquella tarde regresé á París.



EL REMANSO

POR golpes y heridas que ocasionaron la muerte, compareció ante la Sala de lo criminal de la Audiencia el señor Leopoldo Renard, tapicero.

Cerca del acusado hallábanse los principales testigos: la señora Flameche, viuda de la víctima, y los llamados Luis Ladureau, ebanista, y Juan Durdent, fontanero. Junto al acusado estaba su esposa, con vestido negro, flacucha y fea, con el aspecto de una mona vestida de mujer.

Leopoldo Renard refirió lo sucedido en estas palabras:

«—Fué una desgracia en la cual yo soy acaso la mayor víctima y del todo inocente. Basta para probarlo decir cómo pasó. Soy un hombre honrado, prudente, laborioso; hace diez y seis años que trabajo en mi oficio de tapicero en la misma calle; todos los vecinos me conocen, me consideran y esti-

man, como lo han declarado; hasta la portera, que no está de buen talante casi nunca. Me agrada cumplir con mi deber, economizar, tratarme con personas decentes y divertirme de un modo lícito. Eso me perdió; fué una desgracia; no tuve la culpa; después de lo que hice sin querer, continué creyéndome un hombre honrado.

»Hace ya cinco años que mi señora y yo vamos todos los domingos á pasar el día en Poissy. Tomamos el aire y nos divertimos pescando con caña. ¡Oh, la pesca nos gusta de un modo extraordinario! Mi señora es quien me aficionó á pescar con caña. ¡La maldita!; ella se apasiona más que yo, ¡la tiñosa!, y ella tiene la culpa de todo lo que ha pasado, como verán, si me atienden.

»Yo soy forzado, pero bonachón; ella, en cambio, ella... ¡oh! ya la ven ustedes, tan flacucha, tan menguada ¡y tiene peor intención que un tigre! No le niego sus buenas cualidades, algunas de importancia para un industrial. Pero ¡su carácter! Pregúntenlo á todos los vecinos: la misma portera podrá decir algo.

»Todos los días me regaña, porque me juzga demasiado bonachón, diciéndome á cada punto: «yo no consentiría tal cosa que tú consientes». «Si yo fuera hombre, no aguantaría eso que tú aguantas.»

Dejándome llevar por sus instigaciones, andaría yo siempre á morradas con todo el mundo.»

Su mujer le interrumpió, murmurando:

—Charla, charla; ya veremos después.

Él se volvió para decir, con suavidad:

—Puedo inculparte, por que tú no estás procesada.

Y encarándose de nuevo con el presidente, prosiguió:

«—Ya he dicho que íbamos á Poissy los sábados por la tarde para pescar el domingo desde la madrugada. Esa costumbre convirtióse para nosotros en una segunda naturaleza, como se dice. Había encontrado yo un sitio muy bueno y llevábamos ya tres años pescando en él. Un remanso profundo, á la sombra, con ocho pies de agua por lo menos, acaso diez, y sus cuevas á la orilla, bajo



el agua: un criadero de peces en toda regla; una delicia para un pescador. Ese remanso podía considerarlo mío, puesto que yo había sido su Cristóbal Colón. Todos lo sabían y todos me lo respetaban diciendo: «Aquí se pone Renard.» Nadie ocupó nunca mi puesto; ni siquiera el mismo señor Plumeau, que tiene fama, dicho sea sin ofenderle, de birlar sitios descubiertos por otros.

»Así, pues, confiado en hallar siempre libre mi sitio, volvía cada semana, considerándolo como una propiedad. Apenas llegaba el sábado por la tarde, nos embarcábamos la señora y yo en *Dalila*, una lancha que me hice construir por Fournaise, y es cierto que pocas la ganan á ligera y segura. Embarcados en *Dalila*, nos íbamos á cebar el remanso. Para poner el cebo no hay nadie como yo; así lo dicen todos los camaradas. ¿Me preguntará usted, señor presidente, qué cebo uso? No puedo contestarle. No es asunto que se relacione con el proceso. No puedo contestarle, porque tampoco he contestado á más de ciento cincuenta personas que me han dirigido la misma pregunta. Es mi secreto. ¡Los vasos de vino y las fritangas que me ofrecen para que lo diga! ¡En eso estoy pensando! ¡Ah! las cucamonas que me hacen para que les dé mi receta... Mi mujer la sabe también, pero ella tampoco lo

dirá; ¡menos que yo!... ¿Verdad que tú no lo dices á nadie, Magdalena?»

El presidente le interrumpió, advirtiéndole:

—Al hecho, al hecho; evite las divagaciones.

El procesado prosiguió:

«—Voy, señor presidente. Saliendo el ocho de Julio en el tren de las cinco y veinticinco de la tarde, fuimos á echar el cebo como de costumbre cada sábado. Todo hacía esperar una buena pesca. Le dije á mi señora: «¡Ya verás mañana!» Y ella respondió: «La cosa promete». No solemos hablar más cuando estamos juntos.

»Luego nos pusimos á comer. Yo estaba muy alegre y sediento. Fué la causa de todo, señor presidente. Dije á mi señora: «Oye, Magdalena, ¿para celebrarlo podría beberme una botella de vino?» Ella me respondió: «Bebe si es tu gusto; pero, á ver si te desvelas y mañana estás malo.» Su observación era sensata, prudente, perspicaz, lo confieso. Pero no pude contenerme y me bebí la botella. De ahí procede toda la desdicha.

»Estuve desvelado, revolviéndome, sin descansar hasta las dos de la madrugada. ¡Recontra! y á las dos me dormí como un tronco; me dormí tan profundamente, que ni la trompeta del Angel anunciando el Juicio final me hubiera despertado.

»Mi señora sólo pudo conseguirlo á fuerza de gritos y meneos, cerca ya de las seis. Me tiré de la cama, me vestí de prisa, me chapucé apenas la cara y nos embarcamos en *Dalila*. Ya era tarde. Cuando llegamos á mi sitio, había otra gente allí. Nunca me había sucedido cosa parecida en tres años. Aquello me hizo el efecto de un despojo y exclamé: «¡Recontra!; ¡recontra!, ¡recontra!, ¡recontra!.; y desde aquel punto mi señora empezó á hostigarme: «Ya ves, el dichoso vino. ¡Borrachón! Ya estarás contento, estúpido.» Yo no contestaba; ella tenía razón de sobra.

»Desembarcamos con la idea de aprovechar lo posible. Acaso aquella gente se iría pronto.

»El pescador era un hombrecillo flaco; llevaba traje de dril y sombrero de paja. Su mujer, gruesa y frescachona, estaba sentada, bordando.

»Cuando nos vió instalarnos junto á su marido murmuró:

»—¿No hay otro sitio donde pescar en todo el río?

»Y la mía, que ya estaba furiosa y pidiendo guerra, se apresuró á contestar:

»—Las personas decentes, antes de increpar á nadie, se informan de la razón de cada uno.

»Como no quiero disgustos, le dije á mi señora:

»—Cállate, Magdalena. No hagas caso. Ya veremos lo que se resuelve.



»Habíamos dejado la *Dalila* á la sombra de los sauces y echando pie á tierra pescábamos Magdalena y yo codeándonos con el otro matrimonio.

»Aquí, señor presidente, debo detallar un poco.

»Hacia cinco minutos que pescábamos cuando mi vecino alzó la caña, sacando un pez grueso como un muslo, tal vez algo menos, pero muy grande. Yo temblaba, con el corazón encogido, sufriendo de angustia, y Magdalena me dijo:

«—¡Mira, borracho; mira eso!

»Al poco rato el señor Bru, abacero de Poissy y también muy aficionado á la pesca, pasando por allí en su barca, me gritó:

«—¿Se ha dejado quitar el sitio, señor Renard?

»Y le respondí:

«—Ya lo ve usted; hay gentes poco delicadas que ignoran las buenas costumbres.

»El hombrecillo nada contestó y tampoco su esposa, una mujer cebada como un cerdo.»

Interrumpió el presidente para decir:

«—¡Cuidado!; que insulta usted á la señora viuda Flameche y no puedo consentirlo

Excusóse Renard, diciendo:

«—Dispénsenme ustedes. La pasión de la pesca me arrastra, no lo puedo remediar.

«Al cuarto de hora, el hombrecillo levantó nueva-

mente la caña, sacando un pez tan grande como el primero. Y á los cinco minutos otro.

»Yo casi lloraba y mi señora hervía, provocándome sin cesar:

«—¡Ah! ¡estúpido! ¿No ves que nos roba la pesca? Tú no cogerás nada, nada, nada, nada. ¡Sólo de pensarlo me da calentura!

»Yo me decía: «Veremos por la tarde. Se irán á la hora del almuerzo y ocuparé mi lugar.» Para nada teníamos que movernos de allí, donde almorzamos todos los domingos, teniendo, á prevención, los víveres en la barca.

»Dieron las doce y no se iban. Llevaban un pollo asado envuelto en un periódico, y entre bocado y bocado, el hombrecillo tiró de la caña y sacó un pez.

»Magdalena y yo no teníamos apetito; comimos poco y por fuerza.

»Después me puse á leer el *Gil Blas*, como acostumbraba todos los domingos, á la sombra de un árbol y á la orilla del agua. Los domingos hay artículo de Colombina; ya lo sabe usted, Colombina escribe artículos en el *Gil Blas*; y yo hago rabiar siempre á mi señora diciéndole que conozco á Colombina. No es verdad, no la conozco, ni la he visto nunca; pero escribe muy bien y dice cosas que

tienen mucha miga, lo cual extraña en una mujer. No hay muchas como ella.

»Empecé á chincar á mi señora. Enfadóse más que nunca y me callé.

»Entonces aparecieron en la otra orilla del río los dos testigos presentes, Ladureau y Durdent. Nos conocíamos de vernos pescando.

»Volvió á su diversión el hombrecillo, con mucha suerte, sacando á cada momento un pez, y su mujer le dijo:

»—Es un lugar muy bueno éste; volveremos todos los domingos.

»Sentí frío en la espalda. Y mi señora me incitaba, repitiéndome:

»—No eres hombre; los hombres no aguantan eso; tienes la sangre de gallina.

»Yo me limité á decir:

»—Vayámonos, porque no quiero hacer un disparate.

»Y Magdalena insistía provocadora:

»—No eres un hombre; huyes, te rindes, renuncias á lo tuyo; no te atreves á defenderlo.

»Sus palabras me hacían mella, pero á pesar de todo, me contuve.

»Y el hombrecillo volvió á sacar la caña con un sargo. ¡Ah! ¡Nunca lo hubiera visto!

»Mi señora empezó á decir en alta voz:

»—Esto puede llamarse robar la pesca, puesto que nosotros cebamos el remanso anoche. Tendrían que pagarnos por lo menos el coste del cebo.

»Entonces la esposa del hombrecillo preguntó:

»—¿Habla usted con nosotros, señora?

»Y la mía dijo:

»—Hablo á los ladrones que pescan lo que otros han cebado.

»La gorda insistió en sus preguntas:

»—¿Pero nos llama usted ladrones de pesca?

»Replicaron una y otra, lanzándose á la cara frases provocativas y soeces. No se les acababa el repertorio; y lo decían todo con tales voces, que los dos testigos, aquí presentes, en son de burla comenzaron á gritar:

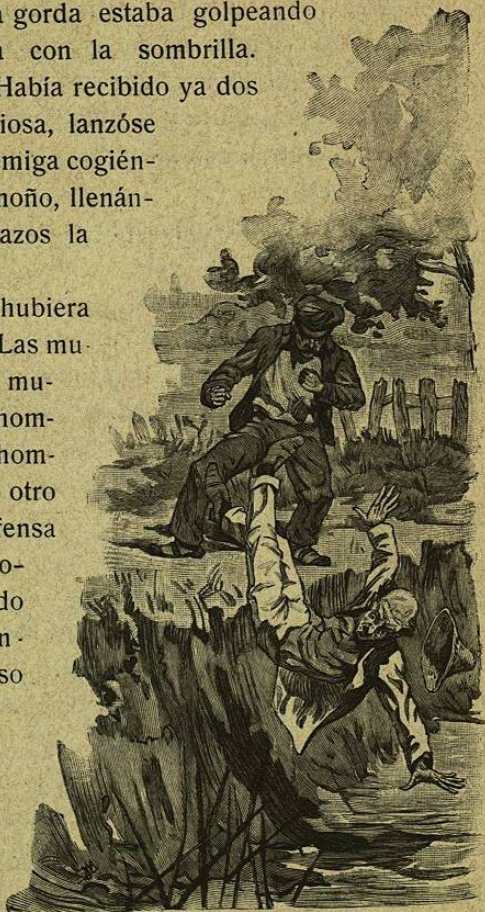
»—¡Eh! un poco de silencio; que no dejan pescar á sus maridos.

»Lo cierto es, que ni el hombrecillo ni yo interveníamos en la pelea; lo mismo que si fuéramos de palo. Teníamos los ojos fijos en el agua, como si no las oyéramos.

»¡Reontra! ¡Y bien que las oíamos! «¡Usted es una embustera!» «¡Usted una arrastrada!» «¡Usted una bribona!» «¡Usted una indecente!» Y así por el estilo; aquello no tenía fin.

»De pronto, un ruido á mi espalda me obligó á volverme. La gorda estaba golpeando á Magdalena con la sombrilla. ¡Pam! ¡pam! Había recibido ya dos golpes, y furiosa, lanzóse contra su enemiga cogiéndola por el moño, llenándola de arañazos la cara.

»Yo no hubiera intervenido. Las mujeres con las mujeres y los hombres con los hombres. Pero el otro salió en defensa de su esposa queriendo arrojarse contra la mía. ¡Eso ya no! ¡Eso ya no pude consentirlo! Y cuando se acercó encontróse



con mis puños. Un puñetazo en las narices y otro en el vientre. Levantó los brazos primero, vaciló, vi sus pies en el aire y cayó al río; cayó en el remanso.

»Tuve intención de auxiliarle, señor presidente; pero en aquel momento la gorda estaba propinando á mi mujer la gran paliza, y yo, sin pensar que se ahogara tan pronto el hombrecillo, me acerqué á las mujeres, para remediar á la mía, separándolas.

»Recibí al intentarlo buena cuenta de arañazos y mordiscos. ¡Recontra! ¡Qué fieras!

»No conseguí que se desagarraran, lo menos en cinco minutos, y cuando me acerqué de nuevo al remanso, el agua estaba tranquila, y los pescadores del otro lado del río me gritaban:

«—¡Sácalo! ¡Sácalo!

»¡Sí! decirlo es muy fácil. Yo no sé nadar, y bucear mucho menos.

»Al fin se presentaron unos marineros con garfios. Había pasado más de un cuarto de hora cuando pudieron sacarle. Allí estaba, en el fondo del remanso.

»Así pasó. Me creo inocente. Juro que digo la verdad. Soy un hombre honrado.»

Como las declaraciones de los testigos le favorecían, fué absuelto.